

EDITORIAL

Obstáculos reales para la paz

El año 1986 ha sido proclamado "Año Internacional de la Paz" por la Organización de las Naciones Unidas. Con esta ocasión Juan Pablo II propuso en la XIX Jornada Mundial de la Paz, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad y especialmente a los líderes, el siguiente mensaje: "La paz es un valor sin fronteras". Es decir, "un valor que responde a las esperanzas y aspiraciones de todos los pueblos y de todas las naciones, de los jóvenes y de los ancianos..." (ver ECCLESIA, 28 de diciembre de 1985).

Si hemos entendido bien el contenido de este mensaje quiere decir que todavía en enero de 1986 la paz es un valor universal, es decir, sin fronteras, pero más como aspiración, esperanza, utopía, que como una realidad histórica empíricamente constatable. Decimos esto porque seguimos constatando una serie de guerras convencionales en zonas importantes del mundo, y constatamos también que los Estados más poderosos lo que en realidad están haciendo es armarse más y más incluso nuclearmente.

Antes de señalar los principales obstáculos reales para la paz, de la que tanto se habla, queremos dejar constancia como punto de partida de dos afirmaciones del mensaje de Juan Pablo II: a) que en el momento actual "la paz es un valor que se apoya en unos cimientos demasiado frágiles" y b) que aquellos líderes "de quienes depende el futuro de este mundo —prescindiendo de su filosofía política, de su sistema económico o compromiso religioso— están llamados a contribuir a la edificación de una única paz fundada sobre las bases de la justicia social, la dignidad y los derechos de cada persona humana".

Decir que la paz "se apoya en cimientos frágiles" es una manera suave de decir que falla en sus propios cimientos y que estos son la justicia social, la dignidad y los derechos de toda persona humana. Ser constructores de la paz supone empezar por los cimientos removiendo aquellos obstáculos que impiden la edificación de una paz auténtica. Desde la óptica del mencionado mensaje de Juan Pablo II queremos señalar los siguientes obstáculos para la paz:

— El armamentismo y el creciente comercio de las armas. *Este es un verdadero obstáculo para la paz porque la carrera armamentística es tal que su costo casi se duplicó en el período 1977-1982 pasando de 400.000 millones de dólares a más de 700.000. Con el agravante de que cerca del 70 % del armamento producido por los países ricos es adquirido por países en vías de desarrollo.*

Estos datos muestran que "el creciente mercado de las armas —convencionales pero muy sofisticadas— está produciendo resultados deplorables. Mientras las mayores potencias han logrado evitar conflictos directos, las rivalidades existentes entre ellas se han desencadenado con frecuencia en otras partes del mundo. Problemas locales y diferencias regionales se ven agravados a través de los armamentos que facilitan países más ricos y mediante la ideologización de conflictos locales por parte de potencias que buscan ventajas explotando la condición de los pobres e indefensos".

— La bipolarización del mundo en dos grandes bloques. *Desde Yalta se ha dicho que el mundo quedó dividido en dos zonas de influencia. Y de "esta situación han surgido y se mantienen bloques que dividen y contraponen entre sí a los pueblos, a los grupos y a los individuos, dando como resultado una paz precaria". En este sentido la bipolarización del poder político y militar es un obstáculo para la paz.*

Todo el mundo sabe hoy, como indica Juan Pablo II en su mensaje que el espectro de las armas nucleares tiene su origen precisamente en la tensión Este y Oeste. Por consiguiente necesitamos un sistema internacional que sea "capaz de superar la lógica de bloques y de fuerzas opuestas". Es decir, necesitamos un sistema internacional que quiera basarse en el compromiso personal (y de cada uno de los bloques) por hacer de las necesidades primarias y básicas de la humanidad el primer imperativo de la política internacional.

— Las injusticias estructurales socioeconómicas. *Existe una segunda "bipolarización" que es la del desarrollo y el subdesarrollo, la riqueza y la pobreza. Existen los países que forman el "bloque Norte" y los del "bloque Sur". Y entre ellos existe, en expresión de Juan Pablo II en su mensaje de paz, "un abismo social y económico que separa a los ricos de los pobres".*

Basta asomarse a las abundantes estadísticas de la UNESCO, OIT, OMS, etc., para convencerse de que no obstante la mejora en algunos países en vías de desarrollo respecto a su situación anterior, la realidad es que en otros muchos países la desigualdad se ha agrandado, especialmente en aquellos países que han sido declarados "económicamente insolventes", con los países ricos.

Al señalar como un obstáculo para la paz las situaciones de injusticia, no sólo a nivel nacional, sino también internacional, queremos indicar dos cosas. Por una parte, que la paz no puede reducirse "a la mera ausencia de conflicto; ella es la tranquilidad y la plenitud del orden. La paz se pierde a causa de la explotación social y económica por parte de especiales grupos de intereses, los cuales operan a nivel internacional o como élites dentro de los países en vías de desarrollo".

Y por otra parte, que una paz construida y mantenida —en la práctica— sobre las injusticias sociales que suponen las diferencias entre el Norte y el Sur, es una paz ficticia por no decir injusta. En consecuencia, el establecimiento de un orden “basado en la justicia y en la paz es hoy vitalmente necesario como claro imperativo moral, válido para todos los pueblos y regímenes más allá de ideologías y sistemas”.

La convicción de que la paz es imposible sin una mayor justicia internacional es lo que ha hecho decir a un sociólogo japonés y a nuestro Defensor del Pueblo que el gran conflicto del siglo XXI no será el conflicto Este-Oeste, entre las dos superpotencias mundiales, sino el Norte-Sur, entre los países industrializados —incluida la URSS— y el tercero y cuarto mundo, el del subdesarrollo y miseria. Si este conflicto no se resuelve no habrá una “paz sin fronteras”.

— La desconfianza, el miedo y la falta de información. *Es cierto que sólo el diálogo y la solidaridad pueden hacer saltar los prejuicios y las barreras en las relaciones Este-Oeste y Norte-Sur. Existen encuentros, conversaciones a alto nivel, incluso sobre la reducción de las armas nucleares.*

Pero a juzgar por los resultados hasta la fecha, la verdad es que existe una gran desconfianza en los representantes de uno y otro “bloque”. Y con la desconfianza no se construye la paz. Mucho menos con el miedo y la inseguridad de los ciudadanos y de los pueblos, como revelan las encuestas. Y es que las “armas y los sistemas de armamentos, estrategias y alianzas militares, abandonados a sí mismos, se convierten en instrumentos de intimidación y de recíproca incriminación, con el consiguiente terror que tanto afecta al género humano”.

Si queremos remover los obstáculos para la paz que suponen el miedo y la desconfianza de los ciudadanos en las estrategias y en las alianzas militares, es preciso corregir la falta de información que los ciudadanos tienen al respecto. Precisamente por eso, Revista de Fomento Social ha querido plantear los problemas éticos de la defensa, no sólo desde el armamentismo, sino, sobre todo desde las cuatro alternativas de una política de defensa militar que hoy están presentes y que la dividen.

Todo ello desde la vocación de paz de Europa y de España, y en un momento histórico: la convocatoria por parte del Gobierno socialista de un Referendum, sobre la permanencia o no en la OTAN “en los términos acordados previamente por el Gobierno de la Nación”. No hay duda que los resultados del Referendum pueden contribuir en un sentido o en otro a remover algunos de los obstáculos reales señalados para la paz.

Sin embargo, al conocer el dato de que mes y medio antes de la celebración del mencionado Referendum, sólo el 21 por 100 de los españoles se consideran suficientemente informados para saber si a España le interesa, o no, seguir en la OTAN, pensamos que el problema de España para contribuir a una paz sin fronteras es mucho mayor que la pura falta de información de sus ciudadanos sobre el significado de la OTAN.

Somos partidarios, pues, de una mayor y mejor información sobre los caminos e instituciones internacionales que conducen a la paz, pero somos partidarios también de una mejor educación para la paz y de la reforma de las estructuras socioeconómicas injustas que minan los cimientos de una verdadera paz universal. Por eso nos parece acertada la opinión de Joaquín Ruiz Jiménez (Zaragoza, 9 de noviembre de 1984) cuando se mostraba partidario de "una revolución cultural de educación para la paz".

"No es cuestión —concluía Ruiz Jiménez— sólo de los verdes, de los no violentos o pacifistas. Respeto inmensamente a estos movimientos. Creo en el pacifismo, si le quitamos las comillas y es un movimiento espiritual importante. Pero recuerdo a Ortega y Gasset en el estupendo prólogo a la edición inglesa de 1930 de La rebelión de las masas. Decía que con el sólo pacifismo de entonces, pacifismo más bien liberal y de propuestas genéricas, no se construiría la paz. Apuntaba, con razón, que era problema de usos culturales, de reformas de estructuras, de cambios internacionales. D. José era muy lúcido y lo dijo claro."